

RESEÑA

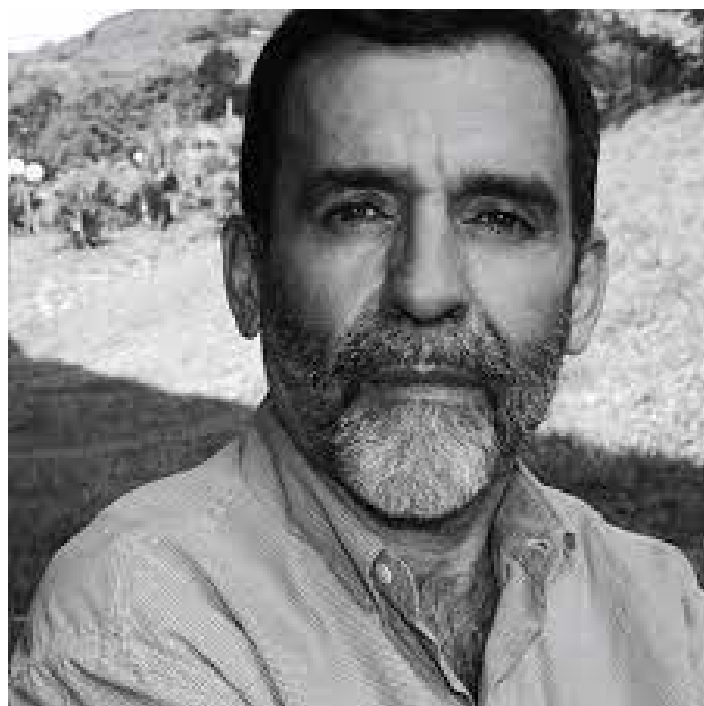
Mundo Neveri. Josu Landa

Ediciones Monosilabo, 2019.

Fidel Flores

Instituto de la Cultura del Estado Anzoátegui

Josu Landa



Como saben ustedes, y es incluso lo que más se dice, Josu Landa oficia la filosofía y como en alguna oportunidad él mismo ha dicho, se considera un socrático menor, autor desde esta perspectiva de conocimiento de una obra importante, en la cual destaca la figura de Platón. Pero Josu expresa un pensamiento plural y me atrevo a señalar que la poesía antecede a cualquiera de sus maneras de decir y desde ese paisaje fluye hacia las demás, como ocurre en los filósofos que estudia. Aquí, cuando digo paisaje, lo pienso en el sentido lezámico: este como elemento constructor, determinante de un pensamiento. El paisaje como creador de cultura, como esencia vital.

Josu, aunque nacido en Caracas (1953) y asentado en México hace ya unos 40 años -su poema *Tiempo*, publicado recientemente, es de alguna manera un sal-

do de esa travesía iniciada en 1982-, en su fluir está la sangre del ancestro vasco –el paisaje del origen-, pero además, y en grado sumo está tatuado por los paisajes vividos, de destino, por una geografía que se hace memoria y palabra fundante y fecunda.

En el segundo capítulo de su novela *Y / O*, escribe: “La ambulancia se aparece a las 3:30 a.m. en la esquina de la calle 11 con la 3ª Carrera Sur. / Estamos en Zona Oriente”. Esas líneas para muchos pudieran pasar inadvertidas, pero son un ofrecimiento, las coordenadas de un lugar, donde, además el uso de mayúsculas en Carrera Sur y Zona Oriente, adquiere una connotación específica, habla de un lugar, que como lo plantea el antropólogo Marc Auge, son espacios donde ocurre una comunicación, un diálogo intenso no solo entre

los individuos, sino con el paisaje circundante que siente y se presenta ampliamente en Zarandona -su primera novela-, a la cual se han referido como una novela de la diáspora vasca y a uno de ellos: Paulino Zarandona en la Orinoquia, y la Orinoquia es Nueva Angostura, la meseta de Guaicaipuro, San José de Guaicaipuro, Angosturita, Santo Tomás del Cari, El Bajón, Barranca Honda, El Dorado N° 1, Mina Grande Petroleum Co., el río Cari-Cari, nombres que cobran vida y te llaman, te poseen, te hacen pertenecer a esta esta tierra y esas son las coordenadas presentes en ambas novelas, las de La Sabana, que descubre y marca a Zarandona: "Allí fue donde le alcanzó la garra gris y fría de la soledad. Allí probó Paulino Zarandona la leche amarga de la Tierra Prometida. La Sabana le dictó para siempre toda su verdad: todo su poder. Porque el sol no puede con La Sabana/ El fuego no puede con La Sabana/ El humo no puede con La Sabana/ La ceniza no puede con La Sabana/ La mano no puede con La Sabana/ El machete no puede con La Sabana/ El pico no puede con La Sabana/ El arado no puede con La Sabana/ La cabria no puede con La Sabana/ El látigo no puede con La Sabana/ La bala no puede con La Sabana/ La dinamita no puede con La Sabana/ El diente no puede con La Sabana/ La pezuña no puede con La Sabana/ El ala no puede con La Sabana/ El cuerno no puede con La Sabana/ La zarpa no puede con La Sabana/ La ponzoña no puede con La Sabana/ El rayo no puede con La Sabana/ La lluvia no puede con La Sabana/ El arco iris no puede con La Sabana/ La noche no puede con La Sabana/ El viento no puede con La Sabana/ La luna no puede con La Sabana/ La sangre no puede con La Sabana/ El árbol no puede con La Sabana/ La tierra no puede con La Sabana/ Los demonios no pueden con La Sabana/ Los dioses no pueden con La Sabana/ El tiempo no puede con La Sabana/". Más adelante, en el mismo libro nos topamos expresamente con la visión lezámica, la cualidad transformadora del paisaje que va a operar en Paulino Zarandona después de entregarle a la sabana el tributo que ella esperaba, que casi como una hembra se abre a él y él se hace a ella, se entrega a ese paisaje. Y ese puente nos trae hasta Mundo Neverí, el paisaje que no es intuido, el paisaje ignorado comúnmente, que parece no tener importancia porque nos hemos vueltos extraños a él, el paisaje que solo el poeta recobra y reviste de condición necesaria para la vida.

En alguna página de Viaje a las regiones equinociales..., Humboldt anota su asombro al observar, el contraste entre los caimanes del Orinoco y los del Neverí, la violencia de aquellos y la mansedumbre-temor de estos, a los cuales observó en contacto con el poblador originario; aquellos sobreviven a pesar de la depredación, los del Neverí son memoria, apenas un recuerdo,

una duda en el habitante actual. Josu Landa ha publicado Mundo Neverí (México, 2019), un viaje por este lugar de las regiones equinociales, un viaje humboldtiano, un recorrido por el mundo del Neverí que a más de doscientos años de ser visto en su esplendor por Humboldt y Bonpland, testimonia en la voz poética de Landa la ingratitud del habitante actual, para quienes más allá de toda advertencia, el río no parece ser la vida, mientras en un por si acaso "El ojo aguza su luz hacia alguna traza de aleta / alguna mandíbula de caimán en el resol".

Y es que de esa corriente alguna vez llamada río Bravo, poco queda de su hidalguía, disminuyéndose cada vez más sin inspirar temores mientras desciende en la cautividad de su cauce hacia la sal: "¿de veras quiere el río llegar al mar? / perderá sus tatuajes de luz / perderá sus remolinos / ... / perderá su entraña de ave y pez / ... / perderá lo que le queda de agua dulce", ya no entraña amenaza, solo atisbos de su grandeza se asoman en sus 110 km de tránsito hacia el mar, su tiempo rebelde ha pasado, tan solo son recuerdos que el tiempo apaga y los vuelve olvido, el olvido de quien alejado de sí mismo lo habita cotidianamente, y ajeno a cualquier circunstancia, lo ignora, resistiendo solo en la poesía: "la brisa viene al encuentro de uno / con sus aires de frescor y agua virgen", "Ojo con lo que el ojo ve" cuando "Deslumbra la garza íngrima", creando lugares para la memoria, como el que fragua Josu Landa en los textos que hacen de Mundo Neverí, un diario-diálogo con el río y su entorno, que por momentos pareciera transcurrir desde un único lugar, un puesto de observación, pero que en realidad es un recorrido vivido, humboldtiano -decíamos- que ve y aprecia todo lo que en su andar descubre y que en esa faceta de explorador va registrando meticulosamente en el poema: el caimán, la garza, el pez, la paraulata, la cotúa, el cangrejo, la hoja, la flor, el silencio del árbol, lo que queda, lo que se fue, lo que la furia urbana depreda; palpa y precisa lo perdido, ese vacío, un "fulgor de ausencias", lo ido, lo que no retorna, que a pesar del designio filosófico de nadie bañarse dos veces en el mismo río, se quiere vuelva a ser el río, no este que marcha herido dejando de ser y no es un lamento o un sentir lastimero, elegíaco, no, es asirse a la esperanza, dar algo más allá de la palabra, más allá del poema "...ahora que el río oscurece / daría todo por tener en mis manos un año-luz", acaso una consagración del tiempo y el espacio que lo reviva, que lo resarza de "la indolencia abisal del entorno".

La palabra muda, adquiere la dimensión del ser, el río está en el poema, es el poema, se corporeiza, es presencia percible, se puede tocar, ver ese volumen de agua ir hacia el mar, sentir el follaje y la fauna que lo habita: "El ojo-sol del mediodía en la ribera: / escánda-

lo de las aves que se fueron: / vacío de los cardúmenes
que no volverán : / triste mudez del manglar perdido y
de sus hijos / ya olvidados: / fulgor de ausencias que no
se pueden decir” resistiendo el peso avasallante de una
ciudad para la cual el río es un instante que no siente,
que no vive en ellos: “mierda y basura contra la secre-
ta limpidez del río: / la pez contra el pez / mientras los
automóviles cruzan el puente / como si nada / sofocan-
do el cielo con sus malos humos”. Y es que más allá de
Heráclito, el río pasa y queda, el poeta lo hace memoria

permanente, hace que sea una y otra vez el mismo río, y
lejos de cualquier duda, descubrir “lo que se fue con el
agua”, aprender “lo que quedó en el mar de la memoria”
y esperar “lo que vendrá con el agua”.

Finalmente, para asentar el papel de la poesía en
la historia del animal humano, recurramos a una refe-
rencia que el mismo Josu hace del diálogo titulado por
Platón Lisis, que localizamos en su tanteo Platón y la
poesía donde Sócrates expresa “...preguntemos a los
poetas, pues estos son para nosotros como padres y
guías del saber”.